

## CICLO DE MESAS REDONDAS: FEMINISMO Y PSICOANÁLISIS, ¿SE NECESITAN?

### **PSICOANÁLISIS Y FEMINISMO: NECESIDAD DE RELACIÓN**

Antes de responder en sentido afirmativo a la pregunta que nos convoca hoy, y explicar por qué, cabría formularse otra pregunta previa: en esta época, ¿es necesario el psicoanálisis? y ¿es necesario el feminismo?

Creemos que si el pensamiento feminista y el psicoanálisis se revelan cada uno por su parte como necesarios de alguna forma en la sociedad y el momento actual, hallaremos también los necesarios puntos de interconexión y encuentro entre ambos para abordar algo de lo humano.

Pero ¿necesarios en qué sentido?, ¿de qué necesidad estamos hablando? Si tomamos una de las acepciones del diccionario para el término necesidad, "*aquello a lo cual es imposible sustraerse, faltar o resistir*", podemos decir siguiendo a Lacan que la necesidad más propiamente humana es la necesidad de relación. La vida y la existencia dependen necesariamente de la relación con otro porque los seres humanos venimos al mundo en un estado de indefensión instintiva. Esta orfandad instintiva es correlativa al abrigo que ofrece el campo del lenguaje, a partir de lo cual relación será equivalente a mediación, a diferencia, a necesidad de relacionarse con el mundo y con los demás por medio de símbolos. Esta separación entre las palabras y las cosas, esta diferencia entre lo representado y su representación que introduce el campo simbólico y cultural, supone que no puede haber un acceso directo e inmediato a la realidad, que ésta es siempre una construcción, una ficción.

Imposible, por tanto, para los seres humanos sustraerse a la regulación de su existencia por vía de la ley del lenguaje, cualquier cosa que nos sucede la tenemos que significar, representar por medio de palabras. En palabras de Pessoa<sup>1</sup>, "*el único significado íntimo de las cosas es que no tienen ningún significado íntimo.*" Y además, esta cualidad de lo humano introduce otra imposibilidad de carácter estructural: la de la representación total y absoluta, puesto que es imposible saber todo, ser todo, decirlo todo. Lo propio de la estructura es ese resto que no queda atrapado por ella, que excede al orden del lenguaje y que se convierte en causa del deseo y en el motor del discurso y del lazo social. Es esta imposibilidad de acceder a la totalidad la que nos lleva a intentarlo una y otra vez, pero sobre el fondo de la falta de ser, del sinsentido de la vida. La dimensión del no-todo está por tanto entrañada en la misma estructura del lenguaje, que impide que ésta quede detenida en una sola significación, idea o representación.

---

<sup>1</sup> *Plural de nadie.* Fernando Pessoa

Necesidad de relación simbólica entonces que transmuta las necesidades biológicas, básicas, naturales en otra cosa, en demanda de amor, de ser algo para alguien. Perdido el objeto de la necesidad, el objeto de la satisfacción adecuada por causa del lenguaje, lo que aparece para el sujeto es la otra necesidad: la que emerge del encuentro con algo que causa el deseo y obliga a entrar en relación para construir un mundo de objetos, relaciones y realidades diversas, parciales, fragmentarias y compartibles. Por eso, como dice M<sup>a</sup> Luisa Femenías<sup>2</sup>, *"no hay forma alguna de colocarnos en algún lugar desde donde lo cultural no intervenga para acceder a lo biológico"*

¿Cómo tramita el discurso social esta necesidad de relación del sujeto humano que, por un lado, permite constituir identidades, realidades compartidas, normas, valores y creencias comunes, determinados y determinantes según la subjetividad de cada época, pero que al mismo tiempo requiere que *"lo que humanamente tuvo lugar no pueda permanecer encerrado en su lugar"* (Levinas<sup>3</sup>), es decir, que pueda ser cuestionado, transformado, re-creado, tanto singular como colectivamente? Para que un sujeto pueda subvertir la realidad establecida es necesario que esté afectado por la falta, por la vulnerabilidad y el deseo. Como decíamos antes, lo que causa el deseo es la imposibilidad del todo, de que haya una representación total y definitiva, adecuada y completa de la realidad.

Pero el discurso capitalista y neoliberal actual ha suplantado al sujeto humano por el individuo, generando además la ilusión de que es posible el encuentro con el objeto de la satisfacción total por la vía del consumo. Al transformar al sujeto en individuo-consumidor todo el peso recae sobre la instancia yoica del psiquismo humano (ilusoriamente dependiente de la propia voluntad) y se produce lo que describe Paul Verhaeghe<sup>4</sup>: *"Nuestra sociedad proclama constantemente que cualquier persona puede tener éxito si tan solo se esfuerza lo suficiente. Una meritocracia neoliberal nos quiere hacer creer que el éxito depende del esfuerzo y el talento individual, es decir, la responsabilidad recae enteramente en el individuo y las autoridades deben dar a la gente la mayor libertad posible para alcanzar este objetivo. Junto con la idea del individuo perfectible, la libertad que percibimos tener en occidente es la mayor mentira de nuestra era"*.

Trocando la falta estructural y constitutiva de lo humano en carencia o déficit, y el deseo inconsciente en objetivos, metas y propósitos, junto con la pretensión de "tener derecho a", el discurso social actual promueve el rechazo de la falta constituyente, la obstaculización de los vínculos sociales y la consolidación de imágenes totalizadoras. Es decir, aspira a reintroducir la idea de que la necesidad se puede satisfacer plenamente, como si se pudiera recorrer el camino inverso

---

<sup>2</sup> Aproximación al pensamiento de Judith Butler. M<sup>a</sup> Luisa Femenías

<sup>3</sup> Totalidad e infinito. Emmanuel Levinas

<sup>4</sup> El neoliberalismo ha sacado lo peor de nosotros. Paul Verhaeghe

por el que el mítico objeto destinado a satisfacer la necesidad quedó definitiva y radicalmente transmutado en objeto simbólico por efecto del lenguaje.

La concepción del sujeto que deviene de esta pretensión del discurso neoliberal remite a un individuo autosuficiente y ensimismado, que se cree dueño de sus actos y sus deseos, que se des-vincula de la referencia al Otro, a lo otro de sí mismo, que renuncia a investigar los fundamentos y las causas de lo que le sucede y que, en todo caso, deja en manos de expertos/as la rápida resolución de su malestar.

¿Qué oportunidad queda entonces para otros discursos que planteen versiones alternativas acerca de la subjetividad y de las relaciones humanas? Volviendo a la pregunta inicial, ¿dónde aparece la necesidad del psicoanálisis y del feminismo? Precisamente, y por el contexto social e histórico en el que nos encontramos, puede que sean más necesarios que nunca.

Quizás la necesidad, en el sentido de utilidad, del feminismo sea en este momento más evidente o aceptable hasta un cierto punto, puesto que el recrudecimiento de la discriminación y de las distintas formas de violencia contra las mujeres y, sobre todo, su mayor visibilidad, junto con un relativo reconocimiento del feminismo como movimiento social, obligan a mantener un discurso políticamente correcto que enmascara y puede terminar desactivando el carácter subversivo y transformador del feminismo para convertirlo en un producto más de consumo (por ejemplo, feminismo chic).

La institucionalización y la inclusión en la agenda política de algunas reivindicaciones feministas a lo largo de las últimas décadas ha favorecido la puesta en marcha de importantes reformas legislativas, de recursos y dispositivos para luchar contra las violencias machistas y para promover la igualdad. Pero también sabemos que todo lo que entra a formar parte del discurso general, como respuesta social frente a una determinada problemática, corre el peligro de esclerosis porque tiende a desenfocar la mirada de su raíz estructural, sistémica y sistemática. Es decir, el sistema capitalista y patriarcal como causa de la desigualdad y de la violencia contra las mujeres. Como apunta Armando Ingala<sup>5</sup>: *"se combaten los efectos con un desprecio absoluto de las causas"*

Por su parte, la necesidad social del psicoanálisis es más espinosa debido a su vocación por los márgenes y por lo marginal, puesto que se ocupa de los restos, de las cosas raras, de lo fuera de lugar, de lo que escapa al discurso común e insiste por retornar y aparecer en forma de síntomas, malestares... pero también

---

<sup>5</sup> *Acerca de la curiosidad, a propósito de la autoridad. Sobre los efectos y la causa.* Armando Ingala

de sueños, lapsus, chistes, poesía... es decir, de aquello que puede tornarse en fuente de creación de nuevos sentidos.

El psicoanálisis, como ciencia de lo particular, comparte con el discurso social la necesidad de prestar atención a lo que, inevitablemente, insiste, pero sitúa su campo de acción en otras coordenadas, sin competir con el saber institucional ni rectificar la lógica del sentido común. El cambio de perspectiva que aporta acerca de lo marginal tiene que ver con el sentido que se le otorga al término producto, no como déficit, exceso o defecto, sino como producción y oportunidad. El producto es una pregunta por el sentido de lo instituido y en el trabajo analítico se trata, precisamente, de hacer entrar en discurso eso que está rechazado, de jugar con los restos, con aquello que insiste más allá de la cultura y que alude a lo que causa el deseo, a lo que fundamenta el vínculo y el lazo social.

Las relaciones entre el pensamiento de género y el psicoanálisis no han estado exentas de prejuicios y lecturas superficiales. Ambos discursos comparten su carácter revulsivo acerca de las ilusiones más difundidas a partir de la modernidad, han descentrado la concepción ilustrada de un sujeto unitario esencialmente racional y suponen una crítica radical a las pretensiones de verdad absoluta de las teorías científicas o filosóficas. Tanto las teorías feministas como las psicoanalíticas introducen la pregunta por la subjetividad femenina aunque no de la misma manera.

Podríamos decir que el concepto de género inaugurado por Simone de Beauvoir<sup>6</sup> con su fórmula "*no se nace mujer, se llega a serlo*", es uno de los iniciales puntos de confluencia del feminismo con el psicoanálisis puesto que Freud<sup>7</sup> planteó mucho antes una fórmula equivalente: "*lo masculino y lo femenino son construcciones teóricas de contenido incierto*". Es decir, apunta al carácter constructivista de la identidad y a la desnaturalización del sexo, puesto que ser macho no basta para ser hombre y ser hembra no basta para ser mujer.

Como dice Justa Montero<sup>8</sup>, la pregunta acerca de la identidad de las mujeres, de qué es ser mujer apunta al núcleo central del feminismo: a esa identidad colectiva que sustenta a las mujeres como sujetos políticos. De la existencia o no de ese sujeto y de la forma en que tome cuerpo dependerá la posibilidad de protagonizar el discurso y la acción política de denuncia, resistencia y propuesta, ante un conflicto que viene determinado por el hecho de nacer mujer o varón.

---

<sup>6</sup> *El segundo sexo*. Simone de Beauvoir

<sup>7</sup> *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica*. Sigmund Freud

<sup>8</sup> *De las diferencias con los hombres a las diferencias entre las mujeres: desplazamientos del sujeto*. Justa Montero

En la historia del feminismo se ha pasado, muy resumidamente, de la defensa de un sujeto fuerte y unificado, protagonizado por un sonoro “nosotras, las mujeres” –posición del Feminismo de la Igualdad y del Feminismo de la Diferencia desde los años 60 a los 80- a plantear la fragmentación y descentramiento del sujeto, poniendo el énfasis en las diferencias entre las mujeres, en la diversidad de experiencias, subjetividades, identidades y contextos sociales -en el Postfeminismo. Es decir, se pasa de situar la experiencia común de opresión vivida por todas las mujeres a centrarse en identificar las especificidades de la opresión de grupos concretos de mujeres.

La conceptualización del género como constructo sociocultural que en función del sexo biológico del sujeto, le atribuye determinadas y jerarquizadas características y/o cualidades, dio lugar al desarrollo de numerosas investigaciones y estudios de género sobre el paradigma cultural en el que estamos insertas y supuso el cuestionamiento de determinadas experiencias que habitualmente se daban por sentadas: la distribución del poder, lo público y lo privado, la división sexual del trabajo, la maternidad, la violencia, la sexualidad, etc.

Al considerar las relaciones de género fundadas en la dominación y la subordinación social de las mujeres como un hecho histórico-político construido y no natural, el discurso del feminismo de la igualdad convoca a una praxis política que se propone un cambio de dichas relaciones de poder. El peligro de esta estrategia es la tendencia a asimilar a las mujeres a los valores dominantes del modelo de ser humano representado por los varones, con la consiguiente pérdida de identidad para las mujeres.

Por otro lado, en contraposición al feminismo de la igualdad surgió el feminismo de la diferencia, donde se defiende que mujeres y hombres constituyen dos colectivos cerrados con identidades homogéneas y estables, con intereses clara y naturalmente opuestos. Esta identidad se basa en la existencia de una naturaleza femenina definida, bien por la condición biológica de las mujeres y su proximidad a la naturaleza al ser generadoras de vida, bien por su sexualidad, o por diferencias culturales fuertemente interiorizadas. Para las teóricas del feminismo de la diferencia se trata de afianzar y exaltar el principio femenino y sus valores, propugnando una contracultura femenina y la reconstrucción de una identidad propia, exclusivamente femenina que presupone la uniformidad de sus experiencias, aspiraciones y necesidades, y la generalización de una forma de ser.

A finales de los años 80 y como reacción a la esencialización o biologización de las diferencias propugnado por el Feminismo de la Diferencia, surge el Postfeminismo para hacer referencia a las teorías críticas de la construcción del género. Estas teorías se centran en el tema de la diversidad de las mujeres, criticando el uso monolítico de la categoría mujer y el alejamiento del feminismo

institucional o académico de la experiencia de las mujeres de sectores populares o de otras latitudes, etc. El Postfeminismo se propone restar relevancia a lo que el establecimiento del sistema de géneros representa, minimizar su significado y relativizar por tanto las categorías mujer y hombre al considerar que cualquier categoría identitaria es normativa y excluyente por definición. Cuestiona el binarismo que clasifica a unas y otros como mujeres y hombres excluyendo las identidades fronterizas de quienes se reconocen como "trans". El supuesto principal que comparten las teorías *queeres* que la identidad es algo que siempre se mueve y no es estática. Lo *queer* no busca eliminar ninguna de las categorías que cuestiona, sino busca construir otras o defender el derecho a no tener que encasillarse en ninguna. Es decir, quien asume lo *queer*, se ubica en la categoría que quiera si quiere, teniendo en cuenta que no es para siempre y que quizás mañana puede estar en otra u otras, o bien puede no asumir ninguna categoría.

Uno de los debates feministas actuales se sitúa pues en este punto. Siguiendo a Justa Montero<sup>9</sup>, si se considera que "la especificidad de la experiencia de cada mujer garantiza por sí misma su autenticidad, sustrayéndola de los procesos sociales en los que se inscriben y de los mecanismos sistémicos de sujeción, se convierte en imposible cualquier tentativa de generalización, lo cual resulta paralizante para un movimiento social como el feminista". Pero, por otro lado, "si centramos la atención en las diferencias de las mujeres con los hombres se establece una dicotomía: mujer-víctima/hombre-opresor que imposibilita el análisis de las diferencias entre las propias mujeres (igual que entre los hombres) y encierra el pensamiento y la propuesta feminista en una lógica excluyente"

¿Cómo conjugar entonces las legítimas y necesarias reivindicaciones de igualdad con la apelación a la experiencia singular, al una por una? ¿Cómo articular los posibles elementos de identificación colectiva de las mujeres con la emergencia de sujetos contingentes y cambiantes? ¿A qué identidad de las mujeres o a qué categoría de lo humano podemos apuntar que, por un lado, eluda el esencialismo o la naturalización y que, por otro, no caiga en las identidades difusas, multiplicadas y auto-designadas, donde parecería que se puede elegir ser mujer u hombre a conveniencia?

Quizás aquí puede situarse uno de los necesarios puntos de encuentro entre feminismo y psicoanálisis puesto que dependerá de qué concepción de sujeto haya en el horizonte que interpretemos determinados aforismos y planteamientos en un sentido u otro. Si como dice Levinas<sup>10</sup> "*la subjetividad humana no es autonomía o autoafirmación sino sujeción al otro*" podemos

---

<sup>9</sup> De las diferencias con los hombres a las diferencias entre las mujeres: desplazamientos del sujeto. Justa Montero

<sup>10</sup> *Ética e infinito*. Emmanuel Levinas

compartir que *"la mujer no nace, se hace"* pero no a sí misma, no a la carta del libre albedrío y de la autosuficiencia.

El peligro es que en aras de un "feminismo incluyente", de una diversidad inclusiva donde tengan cabida y se acumulen todas las opciones sexuales, identidades y categorías posibles, donde hay tantos géneros como personas, se termina por excluir al sujeto, tanto al sujeto político del feminismo, las mujeres, como al particular sujeto del deseo, al sujeto que emerge como efecto de la pregunta acerca del otr@, de la relación con otr@.

Desde el psicoanálisis decimos que la relación sexual no existe (y La Mujer tampoco) lo cual equivale a decir que la necesidad de relación de la que hablábamos al principio es una exigencia sin contenido predeterminado, que cada relación es algo a construir de manera singular y contingente.

Y precisamente porque no existe la relación definitiva, adecuada y completa, el discurso social –como plantea Lydia Gómez- tiende a suplir esta ausencia de relación sexual normativizando. Así, el patriarcado y el sistema capitalista promueven determinadas estrategias de poder, dominio y control social sobre las mujeres basadas en relaciones normativizadas y categorizadas de acuerdo con un patrón masculino, falocéntrico, donde el hombre se convierte en el punto de referencia y en la medida del género humano. En este sentido, hay un universal del hombre, pero no hay un universal de la mujer. La Mujer no existe o la Mujer es no-toda (fórmulas lacanianas) implica que no se puede realizar una definición o categorización genérica de lo que es ser mujer más que como mujer/madre y como la imagen social dictada por el discurso dominante. Y es ahí, en el estereotipo femenino impuesto, donde las mujeres se resisten a quedar encerradas.

Por eso, desde el psicoanálisis se realiza un viraje para *"formular una diferencia que no pertenezca al juicio de atribución: los hombres son esto y las mujeres aquello, como referencia a una sustancia"* (Colette Soler<sup>11</sup>) sino que habla de posiciones en la estructura psíquica de los sujetos. Hablamos de posición masculina del discurso para aludir a la tendencia, presente en todos los seres humanos, a permanecer en el terreno de lo conocido, a acomodarse en lo ya representado, reproduciendo así los enunciados personales y sociales que les designan y reiterando las evidencias que les identifican. Es decir, la parte masculina de la subjetividad apunta al campo de las imágenes de totalidad y del discurso común, general. Mientras que la posición femenina tiene que ver con la dimensión del no-todo, con lo que objeta e interroga el mundo de certezas inmediatas e irrefutables y busca explicaciones alternativas. Por tanto, la posición

---

<sup>11</sup> *Lo que Lacan dijo de las mujeres.* Colette Soler

femenina coincide con lo propio de la condición humana, que es no quedar encasillado en una clasificación ni conformarse con lo que le viene dado y permite operar transformaciones y crear.

Decir que no hay posibilidad de un sexo natural, que la cultura, la lengua y la historia conforman el cuerpo femenino (al igual que el masculino), y que la identidad no es una esencia estable sino un continuo proceso de construcción – presupuestos del postfeminismo que compartimos- no equivale a borrar la diferencia, ni tampoco a sustancializarla. No es lo mismo vivir en un cuerpo de hombre que en un cuerpo de mujer, ni las consecuencias que conlleva tampoco – y un ejemplo de ello son las múltiples violencias que se ejercen contra las mujeres por el hecho de serlo.

Como plantea Lydia Gómez, el significante fálico, como todos los significantes, se toma de la naturaleza, pero no son tales hasta ser extraídos de ella. El significante está ligado a la anatomía, es un órgano del cuerpo (el pene) el que da su representación al falo, que ordena a nivel simbólico la diferencia entre los hombres y las mujeres, tanto como sus relaciones. El más allá de la dialéctica fálica que conlleva la posición femenina pertenece a la estructura simbólica, pero quedaría indeterminado si no hubiera algo real, lo real del cuerpo. Y ese campo simbólico, que se nutre de los elementos propios del discurso androcéntrico imperante, es el que tiende a hacer ideología con la diferencia sexual anatómica, atribuyéndole valores a la condición femenina (dependencia, insuficiencia, carencia...) que han sido utilizados como punto de apoyo para la desigualdad y ha promovido la creencia de que las mujeres son una desviación del prototipo de humanidad representado por los varones.

Sin embargo, la diferencia desde el pensamiento psicoanalítico es un concepto radical, no es un término de comparación que aboca a discriminaciones y desigualdades, sino que alude a lo no idéntico, a esa distancia o diferencia que hay entre unos y otras -y entre cada ser humano tomado uno/a por uno/a- que funda la posibilidad de una relación. Por tanto, la diferencia es una noción estructural, entrañada en la propia ley del lenguaje, que en último término se refiere a la imposibilidad radical de adecuación entre el símbolo (la palabra) y lo por él representado (el objeto).

La posición femenina de la subjetividad no es lo mismo que la identidad común de las mujeres, ni el sujeto singular del psicoanálisis coincide con el sujeto un movimiento social, teórico y político como el feminismo, pero sí permite alumbrar un punto de encuentro y relación necesaria entre ambos pensamientos en torno a una concepción de lo humano que, como dice Emma Ingala<sup>12</sup>, apunte a buscar

---

<sup>12</sup> *Humanos catacréticos para una antropología política antihumanista y no antropocéntrica: Judith Butler y Étienne Balibar*. Emma Ingala Gómez



un mínimo antropológico: ni un esencialismo humanista y normativo ni un antihumanismo en el que todo vale.

Es decir, un abordaje de lo humano en el que el derecho a la igualdad y la igualdad de derechos deje espacio a la singularidad, a la diferencia, *“estructurando una sociedad de sujetos al mismo tiempo iguales y diferentes, de forma que tal estructuración no sea de dominación”* (Ángeles Jiménez Perona<sup>13</sup>), o donde la sujeción al Otro y la relación con otr@s no implique sometimiento ni subordinación.

***Beatriz Molina Gabriel y Galán***

***Madrid, marzo de 2018***

---

<sup>13</sup> *10 palabra clave sobre Mujer*. Celia Amorós et al.